

¿Para

Bruno Jarronson*

Nuestra sociedad está obsesionada por la rapidez y la administración rigurosa del tiempo. Vivimos la época de la información y de la significación en detrimento del conocimiento y del sentido. En el campo del libro y la lectura, estas tendencias fueron señaladas particularmente en la ocasión de la encuesta

hecha hace poco por François Singly para el ministerio de la educación francés («Los jóvenes y la lectura», expediente de educación y formación núm. 24). Ya Woody Allen nos había puesto alerta acerca de esta deriva cuando, después de haber leído *La guerra y la paz* supuestamente en veinte minutos, llegó a la siguiente conclusión: «Habla de Rusia».

El libro está sometido a un tempo lento. Necesita tiempo para entregar su sustanciosa médula. Permite evolucionar en el tiempo con toda libertad, como en un espacio, mediante cambios de ritmo, vueltas atrás y relecturas parciales; es decir, permite comprender a su propio ritmo.

Como decía Georges Duhamel, gran cinéfilo en presencia del Eterno: «El libro es el instrumento por excelencia», pues nos vincula al mundo a la vez que respeta nuestro ritmo personal, lo que no hacen ni el cine ni la televisión. Y es cierto; a este respecto, el libro es el instrumento por excelencia, el mejor portador del conocimiento que va más allá de la información, del sentido que va más allá de la significación.

Para reconocer al espíritu que, según Aristóteles, «entra por la ventana», hay que dar tiempo. Hay que respetar el tempo lento del libro. Si olvidan la perspectiva del sentido, lo único que pueden hacer los seminarios de administración del tiempo y aún más los de lectura rápida es agravar la sensación de carencia de tiempo. León Tolstoi dedicó 1 550 páginas a *La guerra y la paz* porque juzgó que no eran

necesarias 1 449 ni 1 551 para expresar y llevar consigo el sentido que quería transmitimos.

En la preocupación por «ganar» tiempo, la lectura rápida no puede sino conducir a la lectura inútil. Cuanto más nos esforzamos por «administrar» nuestro tiempo menos nos damos ese tiempo, menos percibimos el sentido de todas las informaciones. Y más nos hace falta tiempo...

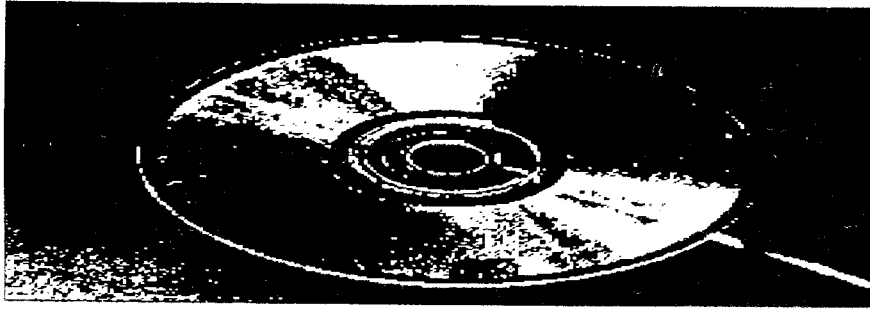
¿Cuándo habrá cursos de lectura lenta? Cursos que darían a cada lector los medios para descubrir lo importante de un libro: el sentido que ese libro puede adquirir para él.

El zapping, forma moderna de la rapidez, no le da a una significación el tiempo de transformarse en sentido. Cambia uno de canal antes de haber comprendido de qué podía tratarse. Jamás podrá uno volver atrás. El zapping se complace en un tiempo inmediato, instantáneo, que ignora la profundidad del pasado y la importancia del futuro. El futuro que, como dice De Gaulle en sus memorias, «dura mucho tiempo». Contrariamente a la imagen, el libro escapa a esa linealidad de lo inmediato, a esa fuga en lo efímero de las significaciones, a las que no damos nada de nosotros mismos. Permite desplazarse con rapidez por el pasado, volviendo sobre lo que tiene sentido. ¿Quién no ha vuelto

indefinidamente sobre una página para arrancarle cada vez un nuevo sentido?

los cursos

Al ver que los editores adoptan la idea del zapping, multiplicando los niveles de lectura, no podemos sino inquietarnos. Fixot redujo los grandes clásicos a la dimensión de unos cuantos capítulos, mientras que el resto estaba resumido. Ya no perderemos más tiempo para saber que Marcel Proust cuenta la historia de un tipo que da vueltas y más vueltas en su cama antes de dormirse. ¿Cuándo empezarán a aparecer pasajes en negrillas para indicarnos lo que es útil de leer? Gracias a Dios, no siempre ganamos cuando tomamos a nuestro cliente por más tonto de lo que es y, por ende, el éxito comercial de nuestros intentos no está a la medida de nuestras esperanzas.



La velocidad es un mito cuya inanidad nos la muestra la lectura. El hombre habla al hombre mediante la literatura. Y, en este ejercicio difícil, cita a comparecer a ese matiz infinito del que el lenguaje está a cargo y tiene el privilegio.

Tanto en la lectura como en la escritura, el hombre se arriesga, se pone a prueba y se construye. La escritura es el esfuerzo por transmitir, en la finitud de una palabra que sólo es de un día, la infinitud de un llamamiento que viene de más allá de todos los días y en el que se anuncia el misterio cuyo paciente desciframiento son nuestras vidas. La rapidez y la literatura constituyen dos maneras de poder romper la dictadura del tiempo. Una ha pasado sus pruebas, la otra, no. Nuestra sociedad, que se debate en el vacío de sentido, puede recuperar fuerzas en la lentitud.

Si no nos mantenemos en estado de alerta, caerá del lado hacia el que se inclina, matando al libro en provecho del clip. Al privilegiar la eficacia aparente de la lectura rápida por sobre la eficacia real de una lectura lenta, matará la razón de ser de los libros cargados de sentido. El tiempo es un recurso no

*Esta traducción fue publicada originalmente por: LIBROS DE MÉXICO, 31 abril-junio 1993.

de lectura

renovable. El don del tiempo es, por ende, el más cargado de sentido que podamos imaginar: tanto para los libros que leemos como para los seres que amamos.

l e n t a ?